

El vientre de París

En medio del gran silencio, y por el desierto de la avenida, los carros de los hortelanos subian en dirección a París, con los vaivenes ritmados de sus ruedas, cuyos ecos repercutían en las fachadas de las casas, adormecidas en los dos bordes, detrás de las líneas confusas de los olmos.

Una chirriante carreta de coles y otra de guisantes, en el puente de Neuilly, y se habían reunido con los ocho carros de nabos y de zanahorias que bajaban desde Nanterre; y los caballos andadan completamente solos, con la cabeza baja, con su paso continuo y perezoso, que la cuesta arriba hacía más lento aún. En lo alto, encima de la carga de las legumbres, tumbados boca arriba y cubiertos con sus tapabocas de rayas negras y grises, los carreteros dormitabán con las riendas arrolladas en los puños. De vez en cuando, un mechero de gas, al salir los carros de un trecho de sombras, iluminaban los clavos de un zapato, la manga azul de una blusa, el extremo de una gorra, entrevistos en medio de aquella floración

enorme de los manojos encarnados de las zanahorias, de los manojos blancos de los nabos, de las desbordantes verdores de las coles y de los guisantes. Y, sobre la carretera, y en todas las carreteras vecinas, así por delante como por detrás, lejanos crujidos de carromatos anunciaban otros convoyes por el estilo, toda una llegada que atravesaba las tinieblas y el pesado sueño de las dos de la madrugada, arrullando a la negra ciudad con el ruido de aquel alimento que pasaba.

Baltasar, el caballo de Madame François, animal demasiado grueso, era el que iba a la cabeza de la hilera. Andaba, durmiendo, a medias, meneando a un lado y a otro las orejas, cuando, al hallarse a la altura de la calle de Longchamp, un sobresalto de miedo le hizo parar en seco las cuatro patas. Los otros animales fueron a dar de cabeza contra la trasera de los carros, y la hilera se detuvo, con sacudida de herrajes, en medio de los juramentos de los despertados carreteros. Madame François recostada contra una tablilla, encima de sus legumbres, miraba y no veía nada a la débil claridad que a la izquierda proyectaba el pequeño farolillo cuadrado, que no alumbraba gran cosa más allá de uno de los relucientes costados de Baltasar.

—¡Eh! ¡Señora, avancemos!—gritó uno de los hombres, que se había puesto de rodillas sobre sus nabos.—Será algún marrano de borracho.

Madame François se había inclinado fuera del carro, y había visto, a la derecha y casi bajo los cascos del caballo, una masa negra que se hallaba atravesada en el camino.

—No se puede aplastar a la gente—dijo echando pie a tierra de un salto.

Éra un hombre tendido cuan largo era, con los brazos extendidos, y caído de boca sobre el polvo. Parecía de estatura extraordinaria, y delgado como una rama seca; milagro parecía que el caballo Baltasar no lo hubiese partido por la mitad con un golpe de sus herraduras. Madame François le creyó muerto; se agachó en seguida al lado de él, le tomó una mano, y vió que estaba caliente.

-; Eh! ; Amigo!-dijo dulcemente.

Pero los carreteros comenzaban a impacientarse. El que se había puesto de rodillas sobre sus legumbres, dijo con voz aguardentosa:

—¡Vamos, arree usted, comadre!... Está como una cuba, el lechón maldito... ¡Tírelo al arroyo!

Entretanto el caído había abierto los ojos y contemplaba a Madame François con aspecto atontado, sin menearse. La mujer pensó que en efecto debía de estar embriagado.

—No puede usted quedarse ahí; va usted a conseguir que le hagan una tortilla—le dijo.—¿Dón-

de iba usted?

—¿Yo?... No lo sé—respondió el individuo en voz muy baja.

Después, haciendo un esfuerzo, y mirándola con

inquietos ojos, añadió:

-Iba a Paris; me he caido... No sé...

La verdulera le veía ya mejor, y el hombre era digno de lástima; vestía pantalón y redingote negros, ambos completamente deshilachados y mostrando la sequedad de los huesos. La gorra, de gruesa tela negra, y caída temerosamente sobre las cejas, dejaba ver dos ojos grandes y pardos, de singular dulzura, en un semblante duro y atormentado. Madame François pensó que realmente el hombre aquél estaba demasiado flaco para haber bebido.

—¿Y a dónde quería usted ir en Paris?—le preguntó de nuevo.

No recibió respuesta inmediata; el interrogato-

rio parecía embarazarle. Pareció reflexionar un momento, y después, vacilando:

—Por allí—dijo,—por el lado de los Mercados. Habíase puesto en pie, con infinitos trabajos, y daba muestras de querer proseguir su camino. La hortelana le vió apoyarse vacilando en una de las varas del carro.

-¿Está usted cansado?

-Si, muy cansado-dijo a media voz.

Entonces la verdulera adoptó un tono brusco y como de descontento. Le empujó diciéndole:

—¡Vamos, pronto, súbase usted al carro! Nos hace usted perder la mar de tiempo, demonio... Yo voy a los Mercados, y le llevaré a usted con mis legumbres.

Y al ver que el individuo se negaba a ello, le levantó casi en vilo con sus gruesos brazos y le arrojó sobre las zanahorias y los nabos, del todo incomodada y gritando:

—¡Vamos, hombre! ¿Quiere usted no jorobarnos más? Me da usted rabia, compadre. ¿No le digo a usted que voy a los Mercados?... Duerma, duerma. Yo le despertaré.

Subió de nuevo al carro y se recostó contra la tablilla, sentada de medio lado, y sosteniendo las riendas de *Baltasar*, que emprendió otra vez la marcha, adormeciéndose y meneando lentamente las orejas. Siguieron los otros carros, y la hilera volvió a tomar su lento paso en la obscuridad, golpeando de nuevo con el vaivén de las ruedas las dormidas fachadas. Volvieron los carreteros a entregarse al sueño bajo sus tapabocas, y el que había interpelado a la verdulera se tumbó a lo largo, refunfuñando:

—; Ah! Si hemos de recoger a todos los borrachos...; Buena constancia tiene usted, comadre! Rodaban los vehículos, y los caballos andaban

solos, con la cabeza baja. El sujeto a quien acababa de recoger Madame François, acostado boca abajo, tenía las largas piernas perdidas en el montón de nabos que atestaba el fondo del carro; su rostro se hundia en el mismo centro de la zanahorias, cuyos manojos subian ensanchándose; y con los brazos extendidos, extenuado, abrazando la enorme carga de legumbres por temor a que un vaivén del carro le tirase al suelo, contemplaba, delante de él, las dos líneas interminables de mecheros de gas que se iban acercando y llegaban a confundirse, allá muy a lo lejos, en una profusión de otras luces. Por el horizonte se veía flotar una gran humareda blanca, que sumergia al durmiente Paris en la neblina luminosa de todas aquellas llamas.

—Yo soy de Nanterre, y me llamo Madame François — dijo la verdulera a su protegido, al cabo de un instante.—Desde que perdí a mi pobre marido, voy todas las mañanas a los Mercados. Es cosa dura, se lo aseguro... ¿Y usted?

—Yo me llamo Florencio y vengo desde muy lejos...—respondió el desconocido con cierto embarazo.—Pido a usted mil perdones; estoy tan cansado, que me cuesta mucho trabajo el pronunciar las palabras.

Y no quería hablar. Entonces Madame François se calló, aflojando un tanto las riendas sobre el espinazo de *Baltasar*, que proseguía su camino como animal que conoce cada adoquin del empedrado.

Florencio, con los ojos convertidos hacia el resplandor inmenso de París, pensaba en aquella historia que tenía oculta. Escapado de Cayen, a donde le habían llevado las jornadas de diciembre, llevaba ya dos años de vagar por la Guayana holandesa, con el frenético deseo de regresar a su 10

patria, y temeroso de la policia imperial. Por fin tenia delante la gran ciudad queridisima, tan echada de menos, tan suspirada. En ella se escondería, en ella viviría su apacible vida de otro tiempo. La policia no sabria una palabra de ello. Por otra parte, allá abajo hubiese acabado por morirse. Y recordaba después su llegada al Havre, cuando no había encontrado más que quince francos en el nudo hecho en una esquina de su pañuelo. Hasta Rouen pudo tomar el coche, pero desde Rouen, como apenas le quedaban va treinta sueldos, tuvo que continuar su camino a pie. Luego, en Vernon, gastó los dos últimos sueldos en comprar un poco de pan. Después, no recordaba ya nada. Creia haber dormido muchas noches en un foso. Se había visto obligado a enseñar a un gendarme los papeles de que se había provisto. Todo esto bailaba en su cabeza.

Había andado desde Vernon sin probar bocado con rabias y desesperaciones bruscas que le impelían a mascar las hojas de las hayas que al paso encontraba; y continuaba andando, acometido de calambres y trasudores, con el vientre doblado, turbada la vista, y con los pies como atraído, sin que de ello tuviese conciencia, por aquella imagen de Paris, a lo lejos, muy a lo lejos, detrás del horizonte, que le llamaba, que le esperaba. Cuando llegó a Courbevoie estaba ya muy cerrada la noche. Paris, semejante a un gran jirón de cielo estrellado caído sobre una esquina de la negra tierra, se le presentó severo y como enojado por su vuelta. Entonces, tuvo un medio desmayo y descendió la cuesta, con las piernas tronchadas. Al atravesar el puente de Neuilly, se apoyaba en el parapeto, se inclinaba para mirar al Sena, que arrastraba rodando olas de tinta, entre las espesadas masas de las márgenes; un farol rojo, sobre el agua, le seguía con ojo sanguinolento. Después era menester que subiese, que alcanzara París, allá muy en lo alto. La avenida le parecía de extensión desmesurada. Los centenares de leguas que acababa de recorrer nada componían va; aquel final de camino le desesperaba; nunca podría llegar a aquella cúspide, coronada por aquellas luces. La llana avenida se extendía, con sus hileras de grandes árboles y de casas poco elevadas, con sus grandes aceras grisáceas, manchadas por la sombra de las ramas, con los sombrios agujeros de las bocacalles transversales, con todo su silencio y todas sus tinieblas; y los faroles del gas, erguidos, espaciados con regularidad, eran los únicos que ponían en aquel desierto de muerte la vida de sus cortas llamas amarillas. Florencio no avanzaba ya, y en cambio la avenida se extendía cada vez más, como si quisiera hacer retroceder a Paris hasta el fondo de la noche. Parecia el caminante que los mecheros de gas, con su ojo único, corrían a derecha e izquierda, llevándose el camino. En aquel rodar de los objetos tropezó, v se vino al suelo como una masa inerte sobre los adoquines.

Ahora rodaba dulcemente sobre aquel lecho de verdura, que le parecía de blandura de plumas. Había levantado un tanto la barba, para ver el resplandor luminoso que crecía, por encima de los negros techos que se adivinaban en el horizonte. Por fin llegaba, era transportado y no tenía más que abandonarse a las lentas sacudidas del carro; y aquel modo de acercarse sin cansancio no le dejaba padecer más que hambre. El hambre se había despertado de nuevo, atroz, intolerable. Sus miembros todos dormían; no sentía en su cuerpo más que el estómago, retorcido, atenazado como por un hierro candente. El fresco olor de

las legumbres entre las cuales estaba hundido el aroma penetrante de las zanahorías, le turbaba hasta el desvanecimiento. Con toda su fuerza apretaba el pecho contra aquel profundo lecho de alimentos, para comprimirse el estómago e impedirle que diera gritos. Y, por detrás, los otros nueve carromatos, con sus montañas de coles, sus montones de guisantes, sus pilas de alcachofas, de escarolas, de lechugas, de apios, de puerros parecían rodar lentamente por cima de él y querer enterrarle, en la agonía de su hambre, bajo una oleada de manjares.

Hubo una parada, un ruido de voces gruesas; era la barrera, y los guardas de consumos sondaban los carros. Después entró Florencio en París, desvanecido, con los dientes apretados, sobre las

zanahorias.

-¡Eh! ¡Amigo! ¡El de ahí arriba!-gritó brus-

camente Madame François.

Y al ver que el caminante no se movía, subió la verdulera y le sacudió. Entonces se incorporó Florencio. Había dormido, y no sentía ya el hambre; estaba por completo atontado. Madame François le hizo bajar, diciéndole:

—¿Me va usted a ayudar a descargar, verdad? Y la ayudó. Un hombre gordo, con bastón y sombrero de fieltro, que llevaba una placa en la solapa izquierda del gabán, se incomodaba, dando en la acera con la contera del bastón.

—¡Vamos, vamos! Más de prisa. Haga usted avanzar el carro... ¿Cuántos metros tiene usted?

Cuatro, ¿verdad?

Y entregó una papeleta a Madame François, que sacó unas monedas de cobre de un saquito de tela. Después el individuo gordo fué a incomodarse y a golpear con el bastón un poco más lejo.

La verdulera había cogido a Baltasar por las

bridas, empujándole, haciendo retroceder el carro, con las ruedas contra la acera. Hecho esto, y quitada la tabla de la parte trasera, después de haber marcado sus cuatro metros sobre la acera con unos puñados de paja, rogó a Florencio que le fuese dando las legumbres, manojo por manojo. Fué colocándolas metódicamente en el cuadrado, esparciendo la mercancía, disponiendo la hojarasca de modo que encuadrase dos montones en un ribete de verdura, y armando con singular prontitud todo un escaparate, que, entre la sombra, parecía una alfombra de colores simétricos. Cuando le dió Florencio una enorme brazada de perejil que encontró en el fondo del carro, la verdulera le pidió un nuevo servicio.

—Seria usted muy amable si me guardara la mercancia, mientras yo voy a la cuadra a dejar el carro... Está aquí a dos pasos; calle de Montor-

gueil, en el Compás de Oro.

Aseguróle Florencio que podía irse tranquila. El movimiento no le servia de nada, pues sentia que se le despertaba de nuevo el hambre desde que se había vuelto a mover. Se sentó recostándose en un montón de coles, al lado de la mercancia de Madame François, diciéndose que estaba bien alli, que no se movería más, que esperaría. Pareciale tener la cabeza hueca, y no podía explicarse claramente dónde se encontraba. A partir de los primeros días de septiembre, las madrugadas son muy obscuras. A su alrededor desfilaban despacio muchos faroles, que se detenían en las tinieblas. Hallábase en el borde de una gran calle, que no recordaba. La calle se hundía en plena noche, muy lejos. Florencio no distinguía casi más que la mercancia que custodiaba. Al otro lado confusamente, a lo largo del puesto, se agrupaban vagos montones. En medio del arroyo, obstruían la

calle grandes perfiles grisáceos de otros carromatos; y de un extremo a otro, un soplo que pasaba hacía adivinar una hilera de uncidos animales que no era posible ver. Llamadas, el ruido de un pedazo de madera o de una cadena de hierro al caer sobre el empedrado, el vaciar sordo de una carretada de legumbres, la última conmoción de un vehículo que chocaba contra el bordillo de una acera, ponian en el aire dormido aun el murmullo dulce de algún despertar estrepitoso y formidable, cuya proximidad se adivinaba en el fondo de todas aquellas sombras temblorosas.

Florencio, al volver la cabeza, divisó, al otro lado de sus coles, a un hombre que roncaba, envuelto como un fardo en una manta, con la cabeza apoyada en unos cestos de ciruelas. Más cerca, a la izquierda, pudo ver a un niño de unos diez años, aletargado con sonrisa de ángel, en el hueco formado por dos montañas de lechugas. Y, al ras de la acera, no había nada bien despierto como no fueran los faroles que bailoteaban al extremo de brazos invisibles, pasando de un salto por cima del sueño que allí se arrastraba, por las personas y legumbres amontonadas esperando el día. Pero lo que le sorprendía era el ver, a ambos bordes de la calle, unos pabellones gigantescos, cuyos techos superpuestos le parecían agrandarse, extenderse, perderse en el fondo de una polvoreda de luces. Soñaba Florencio, con la mente debilitada, en una colección de palacios, enormes y regulares, de ligereza de cristal, ostentando luminosamente en sus fachadas las mil líneas de llamas de unas finas persianas continuas y sin fin. Entre las aristas de los pilares, aquellas delgadas cintas amarillas formaban escalas de luz, que subian hasta la línea sombría de los primeros techos, y que alcanzaban el amontonamiento de los techos superiores, colocando en sus cuadrados las grandes armaduras de las claraboyas de salas inmensas, en las que se arrastraba, bajo el pajizo resplandor del gas, una mescolanza de formas grises, borrosas y durmientes. Volvió la cabeza, enojado por no saber dónde se hallaba, y preocupado por aquella visión colosal y frágil; y al alzar la vista, divisó la esfera duminosa de San Eustaquio con la masa gris de la iglesia. Esto le asombró profundamente. Estaba en la puerta de San Eustaquio.

Entretanto, había vuelto madame François. Estaba discutiendo violentamente con un hombre que llevaba un saco al hombro, y que quería pagarle las zanahorías a cinco céntimos el manojo.

-Vaya, que no es usted razonable, Lacaille... Usted las revende luego por cuatro o cinco sueldos a los parisienses; no diga usted que no... A dos sueldos, si las quiere usted.

Y al ver que el hombre se marchaba:

-La gente se figura que esto nace solo; es la verdad... Ya puede buscar zanahorias a sueldo ese borrachin de Lacaille... Ya vera usted como vuelve.

Dirigiase a Florencio. Después, sentándose

junto a él: —Oiga usted; si hace tanto tiempo que está

usted ausente de Paris, no conocerá usted quizá los nuevos Mercados. Hace cinco años que los construyeron, todo lo más... Mire usted; ahí, ese pabellón que tenemos al lado, es el pabellón de las frutas y de las flores; más lejos el pescado fresco, las aves, y detrás, las legumbres al por mayor, la manteca, el queso... Hay seis pabellones por este lado; después, a la otra parte, en frente, hay otros cuatro más; la carne, la triperia... Es muy grande, pero hace un frio que nos

1525 MONTENREY, MEXICO

pelamos, en invierno. Dicen que edificarán dos pabellones más, echando abajo las casas, alrededor del mercado de trigo. ¿Conocía usted ya todo esto?

—No—respondió Florencio.—Estaba en el extranjero... Y esa gran calle que tenemos delante ¿cómo se llama?

Es una calle nueva, la calle del Puente Nuevo, que arranca del Sena y que llega hasta aquí, a la calle de Montmartre y la de Montorgueil... Si hubiese sido de día, se hubiera orientado usted al momento.

Levantóse la verdulera al ver a una mujer inclinada sobre sus nabos.

—¿Es usted, tía Chantemesse?—la preguntó amistosamente.

Florencio contemplaba la parte baja de la calle de Montorgueil. Alli era donde una partida de agentes de policía le había cogido, en la noche del 4 de Diciembre. Iba por el bulevar Montmartre, a cosa de las dos, andando despacito por medio de la muchedumbre, sonriendo al ver todos aquellos soldados que el Elíseo hacía pasear por el arroyo para hacer que le tomasen en serio, cuando los soldados barrieron las aceras, a tiro limpio, en un cuarto de hora. Florencio, empujado, tirado al suelo, cayó en la esquina de la calle de Vivienne; y ya no sabía más; la enloquecida muchedumbre pasaba por cima de su cuerpo, con el horror espantoso de los fusilazos. Cuando no oyó nada ya, quiso levantarse. Tenía encima a una mujer joven, con sombrero de color de rosa, y cuyo chal había resbalado, descubriendo una gorguera acañonada en pequeños pliegues. Por encima del seno, en la gorguera, habian penetrado dos balas; y cuando Florencio

rechazó suavemente a la joven, para poder sacar las piernas, de dos orificios brotaron hasta sus manos dos hilillos de sangre. Entonces, se levantó de un salto, y huyó, enloquecido, sin sombrero, con las manos húmedas. Hasta la noche estuvo vagando con la cabeza trastornada, y viendo sin cesar a la joven, caída de través sobre sus piernas, con el rostro mortalmente pálido, con los grandes ojos azules abiertos desmesuradamente, con labios de sufrimiento, y con el asombro, en todo su ser, de haber muerto alli, tan pronto. Florencio era tímido. A los treinta años no se atrevia a mirar de frente el rostro de las mujeres; y desde entonces para toda su vida, tenía aquel semblante grabado en la memoria y en el corazón. Era como una mujer suya que hubiese perdido.

Por la noche, sin saber cómo, y lleno aun del trastorno que le produjeran las horribles escenas de la tarde, se encontró en la calle de Montorgueil, en casa de un comerciante en vinos, en donde había unos cuantos hombres bebiendo y hablando de hacer barricadas. Acompañóles Florencio, les ayudó a arrancar algunos adoquines, y se sentó encima de la barricada, cansado de su correteo por las calles, y diciéndose que se batiría en cuanto llegasen los soldados. No llevaba encima ni siquiera un cuchillo; continuaba con la cabeza descubierta. A cosa de las once, se quedó amodorrado; veía los dos orificios de la blanca gorguera de pliegues menudos, mirándole cual si fuesen dos ojos encendidos en lágrimas y en sangre. Cuando se despertó, se halló en medio de cuatro policías que le llenaban de puñetazos. Los hombres de la barricada habían emprendido la fuga. Pero los policías se pusieron furiosos y estuvieron a punto de ahogarle cuando

se percataron de que tenía las manos tintas en sangre. Era la sangre de la joven.

Florencio, saturado de estos recuerdos, alzaba los ojos en dirección a la esfera luminosa de San Eustaquio, sin ver siquiera las manecillas. Eran cerca de las cuatro. Los Mercados seguían durmiendo. Madame François charlaba con la tía Chantemesse, en pie, y discutiendo el precio del manojo de nabos. Y Florencio recordaba que por poco le fusilan allí mismo, contra la pared de San Eustaquio. Un pelotón de gendarmes acababa de romper allí la cabeza a cinco desgraciados, cogidos en una barricada de la calle de Grenéta. Los cinco cadáveres estaban tendidos sobre la acera, en un lugar en que Florencio creía ver hoy un montón de rábanos. El se había librado de los fusiles porque los policías no tenían más que espadas. Condujéronle a un puesto cercano, dejando al jefe del mismo esta línea, escrita con lápiz en un pedazo de arrugado papel: "Cogido con las manos manchadas de sangre. Muy peligroso." Hasta que llegó la mañana, fué arrastrado de un puesto a otro puesto. El pedazo de papel le acompañaba. Le habían puesto las esposas, y le custodiaban como a un loco furioso. En el puesto de la calle de la Lingerie, unos soldados borrachos le quisieron fusilar; ya habían encendido el farolillo, cuando llegó la orden de conducir a los prisioneros al Depósito de la prefectura de policía. A los dos días, se hallaba Florencio en una casamata del fuerte de Bicétre. A partir de aquel día tenía hambre; había tenido hambre en la casamata, y el hambre no le había abandonado ya. Hallábanse unos cien presos amontonados en el fondo de aquella cueva, sin aire, devorando los pocos pedazos de pan que les tiraban, como a fieras enjauladas. Cuando compareció ante un

juez de instrucción sin testigos de ninguna clase, sin defensor siquiera, fué acusado de formar parte de una sociedad secreta; y cuando juraba que aquello no era cierto el juez sacó de su cartera el pedazo de papel "Cogido con las manos manchadas de sangre. Muy peligroso". Esto bastó. Florencio fué condenado a la deportación. Al cabo de seis semanas, en enero, un carcelero le despertó una noche, y le encerró en un patio con cuatrocientos y pico de prisioneros. Una hora más tarde, partía aquel primer convoy para los pontones y para el destierro, con las esposas en las muñecas, entre dos filas de gendarmes con los fusiles cargados. Atravesaron el puente de Austerlitz, siguieron la hilera de los bulevares, y llegaron a la estación del Havre. Era una bulliciosa noche de carnaval; relucian las ventanas iluminadas de los restaurantes del bulevar; a la altura de la calle de Vivienne, en el sitio en que veía siempre la desconocida muerta cuya imagen llevaba en la mente, vió Florencio, en el fondo de una gran calesa, mujeres con antifaz, desnudos los hombros, risueña la voz, incomodándose por no poder pasar, y haciéndose las asqueadas ante "aquellos forzados que no acababan nunca de pasar".

De París al Havre, los prisioneros no tomaron ni siquiera un pedazo de pan, ni un vaso de agua; se habían olvidado de distribuirles raciones antes de la partida. Sólo comieron treinta y seis horas más tarde, cuando los hubieron ya estivado en la cala de la fragata El Canadá.

No, el hambre no se había separado ya de él. Escudriñaba en sus recuerdos, y no hallaba en ellos ni una sola hora de abundancia. Se había quedado delgadísimo, con el estómago encogido, con la piel pegada a los huesos. Y volvía a hallar

a París gordo, soberbio, desbordante de alimentos, en el fondo de las tinieblas. Volvía a entrar en la capital sobre un lecho de legumbres; paseaba por ella sobre un mar desconocido de vituallas, que sentía pulular en torno suyo y que le inquietaba. La noche dichosa de carnaval, había continuado, pues, por espacio de siete años.

Volvía a ver las relucientes ventanas de los bulevares, las mujeres risueñas, la tragona ciudad que había abandonado en aquella lejana noche de Enero; y le parecia que todo aquello se había agrandado, abriéndose como las flores en aquella enormidad de los Mercados, cuyo hálito colosal, espeso aún por la indigestión de la víspera, comenzaba a llegar a sus oídos.

La tía Chantemesse se había decidido al fin a comprar doce manojos de nabos. Teníalos en el delantal, sobre el vientre, lo cual redondeaba aun más su ancha cintura; y continuaba charlando sin cesar con su voz cansina. Cuando hubo partido, fué Madame François a sentarse otra vez al lado de Florencio, diciendo:

—Esa pobre tía Chantemesse, lo menos tiene setenta y dos años. Era yo una mocosa cuando ya le compraba los nabos a mi padre. Y no tiene ni un solo pariente; no vive más que con una trotacalles que ha recogido no sé en dónde, y que la hace condenarse... Pues bueno, va tirando; vende al menudeo, y aun se gana cuarenta sueldos diarios... Yo no podría estar en este infierno de París, todo el santo día, en una acera. Si por lo menos tuviese una algún pariente en París...

Y al ver que Florencio no hablaba casi nada:

—¿Tiene usted familia en Paris, verdad?—
preguntó la verdulera.

Florencio aparentó no haber oído. Su descon-

fianza renacia. Tenía la cabeza llena de historias de policía, de agentes que estaban al acecho en la esquina de cada calle, de mujeres que vendían los secretos que arrancaban a los pobres diablos. La verdulera estaba muy cerca de él, y le parecía muy honrada, con su rostro grandón y tranquilo, ceñido en la frente por un pañuelo negro y amarillo. Podía tener unos treinta y cinco años; era recia, hermosa por la vida a pleno aire y por su virilidad, endulzada por unos ojos negros rebosantes de caritativa ternura. Es cierto que era muy curiosa, pero su curiosidad debía de ser muy buena.

Continuó Madame François, sin ofenderse por el mutismo de Florencio:

—Yo tuve un sobrino en París. Salió un mala cabeza, y sentó plaza... En fin, es una felicidad el saber dónde parar. Sus parientes de usted se van a quedar tal vez muy sorprendidos al verle. Es una alegría el regresar ¿verdad?

Mientras hablaba, no separaba un momento los ojos de Florencio, compadecida sin duda de su delgadez extrema, comprendiendo que era un "señor" bajo sus desdichados andrajos negros, y sin atreverse a ponerle en la mano una moneda blanca.

Al fin. timidamente:

—Si entre tanto—le dijo en voz baja—necesita usted alguna cosa...

Pero Folrencio rehusó con altivez inquieta; dijo que tenía todo lo que necesitaba, que sabía donde ir. La verdulera se mostró contenta, y repitió varias veces, como si quisiera tranquilizarse a sí misma por la suerte de él:

—¡Ah! Bueno; entonces no tiene usted más que aguardar el día.

Una gran campana, por cima de la cabeza de